

Haurán á las partidas drusas todavía en armas, y las arrojaban sobre los batallones franceses. De esta suerte nadie escaparía, lo cual constituía una gran satisfacción para Beaufort y mayor aún para Fuad.

Este fué el programa; veamos ahora cómo se ejecutó. El 26 de septiembre llegaron los franceses á Deir-el-Kamar y, generosos cuanto valientes, se dedicaron á socorrer á las víctimas mientras esperaban poder vengarlas; en cuanto á los turcos, pasaron el Líbano y se extendieron, conforme se había convenido, á lo largo de las salidas que daban acceso al Haurán; pero precisamente llegaron bastante tarde para que los drusos tuvieran tiempo de huir. No por esto se desconcertó Fuad, y cuando los franceses, que á su vez acababan de atravesar la montaña, esperaban la señal convenida, aconsejó tranquilamente al general de Beaufort que restringiera sus operaciones. No les quedaba á los franceses más remedio que proseguir su paseo militar, ó mejor dicho, su paseo de beneficencia, así es que continuaron su camino haciendo todo el bien que pudieron, labor meritoria, pero insuficiente para soldados y sobre todo para soldados que de tan lejos venían. Al descontento del fracaso, juntóse para el general en jefe otro desengaño: algunos maronitas, al verse protegidos, no pudieron resistir al deseo de vengar la muerte de sus correligionarios y asesinaron á algunos drusos. Inmediatamente llegaron al consulado británico reclamaciones enérgicas, casi irritadas (1), de modo que, para colmo de disgusto, el general de Beaufort vióse acusado de consentir que fuesen inmolados los drusos en el preciso momento en que éstos se le escapaban.

Durante estas negociaciones y contramarchas habían llegado á Beirut los miembros de la Comisión europea que, como se recordará, había sido nombrada por iniciativa del Sr. Thouvenel. Dichos comisionados eran: por Francia, el Sr. Beclard; por Inglaterra, lord Dufferin; por Rusia, el Sr. Novikoff; por Prusia, el Sr. Reh-fues; y por Austria, el Sr. Weckbecker. Su misión tenía un triple objeto: vigilar las represiones; asegurar las indemnizaciones y revisar la organización administrativa. Si Fuad, explotando los antagonismos de estos delegados, conseguía no reprimir nada, no pagar indemnización alguna y no reorganizar sólidamente más que el poder de su soberano, llegaría al colmo de su reputación.

Desde un principio pudo dudarse de que tal resultado fuera posible. Los comisionados estaban asombrados de lo que veían en Siria; todo cuanto habían creído exagerado por el rumor público ó por el enloquecimiento de las víctimas se ofrecía ante sus ojos como una repugnante realidad. La cifra total de los cristianos asesinados en toda la región del Líbano se elevaba á 6.000, de los que 500 habían perecido á manos de asesinos; además habían sido incendiadas 150 aldeas ó caseríos, y en cuanto al número de los perjudicados por la guerra civil, se calculaba, por lo bajo, en 75.000: unos habían visto morir á sus allegados, otros habían perdido sus bienes, y otros se encontraban sin sus viviendas que el incendio había destruído (2). Tal era el estado

(1) Véase *Correspondence relating* etc. págs. 158, 159 y 167.

(2) Tomo estas cifras de un informe del Sr. Moore, cónsul general de Inglaterra en Beirut, á sir Bulwer, embajador británico

de la Montaña. En cuando á Damasco, los cálculos no eran menos espantosos: en efecto, el número de cristianos inmolados se estimaba en 5.000, y las pérdidas materiales no bajaban de 125 millones (3). En presencia de tanto desastre, ¿quién hubiera osado hablar de indulgencia y sobre todo de impunidad? ¿Quién se hubiera atrevido á regatear á las víctimas los socorros que habían de hacer menos amarga su miseria?

La comisión celebró su primera sesión el día 5 de octubre, ocupándose casi inmediatamente de las represiones. Habíase instituído en Beirut un tribunal extraordinario, y se iba á instituir otro en Moktarah; y habiéndose aventurado los comisionados á investigar los antecedentes de los jueces, comenzaron por descubrir que uno de los miembros del tribunal de Beirut era un cierto coronel Hosni-Beck, hasta hacía poco comandante de una de las guarniciones otomanas que había hecho causa común con los drusos. Los turcos, al pronto, negaron el hecho, pero luego lo confesaron tranquilamente, y destituyendo á aquel oficial le hicieron descender de la categoría de juez á la de acusado. De buena gana hubieran querido los europeos satisfacer su curiosidad acerca de algunos otros puntos; pero, sea por exceso de ocupaciones, sea por refinamiento de habilidad, Fuad se abstenía generalmente de asistir á las sesiones poniendo en su lugar á un subordinado suyo, Abro-Effendi, que unas veces guardaba silencio y otras alegaba ignorancia ó falta de instrucciones, con lo cual ganaba tiempo, que era lo más importante desde el momento en que la ocupación francesa tenía un plazo limitado. Cuando Fuad consentía en tomar parte en las deliberaciones de sus colegas, entregábase á veces á excesos de celo, pero eran éstos tan aparatosos que en vez de tranquilizar inquietaban. En realidad, después de las ejecuciones de Damasco nada eficaz se había hecho: los drusos continuaban libres, salvo algunos jefes que eran vigilados en Beirut; y en cuanto á Khurchid y á sus oficiales, seguían esperando que se les formara proceso. Los comisionados reclamaron, pidiendo que se decidiera la suerte del bajá y de sus acólitos y haciendo presente que si un gran número de drusos habían huido, había otros que se mostraban menos cuidadosos de someterse que de poner á salvo su botín. Fuad comenzó por pedir algunos plazos, y dos meses después, á mediados de diciembre, adoptó una serie de medidas que tenían todas las apariencias de enérgicas. En el Líbano y en el Anti Líbano fueron arrestados gran número de drusos, setecientos ú ochocientos, según se dijo; en la misma época Khurchid y los oficiales turcos fueron condenados á prisión perpetua; y, por último, dictáronse once sentencias de muerte contra los jefes drusos que se habían rendido á discreción en Beirut. Estas resoluciones, comunicadas á París y á Londres, parecían, vistas á distancia, revelar una energía casi igual á la que

en Constantinopla, 30 de junio de 1860 (*Further papers*, pág. 25). Los documentos de origen francés contienen cifras más elevadas todavía, pero como las más de las veces proceden de las mismas víctimas, podrían ser tachados de exagerados. Por esta razón he preferido atenerme á los informes británicos, más inclinados á atenuar el mal que á aumentarlo.

(3) Informe del cónsul Brant á lord Russell, 11 de agosto (*Correspondence relating*, etc., pág. 83). El Sr. Brant estima el número de muertos en 5.500, de ellos 3.500 de Damasco y 2.000 extranjeros que se habían refugiado en la ciudad.

poco antes se desplegara en Damasco; pero sobre el terreno, sólo á medias satisficieron á las poblaciones cristianas y á los mismos comisionados europeos. Observóse, en efecto, que ninguno de los funcionarios otomanos, ni siquiera Khurchid, era condenado á la pena capital; en cuanto á los jefes drusos, esperóse algunos días, pero luego, al ver que ninguno de ellos era ajusticiado, no se dudó ya de que serían perdonados. Quedaban los drusos detenidos en masa, pero seguramente Inglaterra los ampararía con su protección; y de ello se tuvo la prueba cuando, en la sesión de 29 de diciembre, lord Dufferin atacó vigorosamente, no á los autores de las matanzas, sino á los obispos que habían denunciado, decía, á más de 1.200 drusos: «¿Está en el espíritu del Evangelio esa sed de venganza?—El número de denuncias hechas por los obispos es abrumador, no para los obispos, sino para la población drusa,» replicó vivamente el comisionado francés, Sr. Beclard. Los turcos presenciaban con maligna alegría estas discusiones; en efecto, las divisiones de los comisionados europeos habían de ser su mayor fortuna, y las potencias, al pedirles que hicieran cosas diferentes, les autorizaban para no hacer nada absolutamente.

A la preocupación del castigo de los culpables uníase la de aliviar la triste suerte de las víctimas, obra que por la proximidad del invierno revestía los caracteres de urgente. Para ello, y ante la manifestación reiterada de Fuad de que Turquía tenía muy poco numerario, los comisionados francés y prusiano propusieron que para atender á los damnificados de Damasco se estableciera una contribución de guerra y se verificaran además minuciosos registros á fin de recobrar los objetos robados. Pocos días después, el cónsul de Francia envió un proyecto de pago muy completo, reclamando para los cristianos damascenos una indemnización de treinta millones que sería satisfecha en parte con un impuesto extraordinario sobre la ciudad y sus afueras, y en parte con una subvención de la Puerta. El plan era bueno; pero ¿cómo pagaría la Puerta á simples cristianos si no pagaba á sus soldados? «Lo que importa, repetía el Sr. Beclard, es no tanto la cifra de la indemnización como el pago inmediato (1).» Así hablaba nuestro representante, con muy buen juicio, como hombre que sabía perfectamente que lo que no se pagase en el acto no se pagaría nunca. El día 1.º de diciembre partieron los comisionados para Damasco á fin de estudiar sobre el terreno el mal y sus remedios, siendo allí recibidos muy solemnemente y viéndose rodeados de una escolta de oficiales, muchos de los cuales habían intervenido en las últimas matanzas. En honor suyo habíanse apresurado los turcos á desescombrar el barrio cristiano, de la misma manera que se limpia una prisión cuando el inspector la visita, y de entre los escombros se sacaban de cuando en cuando algunos huesos, pobres restos apresuradamente reunidos y llevados furtivamente al cementerio. Los comisionados paseáronse durante varios días por entre las ruinas, regresando luego á Beirut en medio del mismo suntuoso aparato de la llegada, pero sin ningún provecho para las víctimas, las cuales no recibían más socorros que los de los laza-

ristas y comités franceses y también los de los ingleses, no menos generosos en su filantropía que implacablemente egoístas en su política. Esto pasaba en Damasco.

En cuanto á la región del Líbano, el general de Beaufort, durante la ausencia de los comisionados, había hecho prevalecer un sistema, enunciado ya por el señor Beclard y aceptado por Fuad, consistente en una fuerte contribución en especies que pagarían los drusos aptos para llevar las armas, y para cuyo pronto cobro se apelaría á los medios más coercitivos. Pero entonces intervino lord Dufferin, que recibió las peticiones de los drusos, é invocando ciertas disposiciones excesivas, protestó contra la severidad de aquella medida (2). ¡Qué hermosa ocasión se ofrecía á Fuad para cruzarse de brazos é invitar á los representantes de Europa á que se pusieran entre sí de acuerdo!

A todo esto, el año tocaba á su fin y sólo faltaban dos meses para que, cumplido el plazo señalado á la expedición, los batallones franceses regresaran á Marsella. Para que el triunfo de la Puerta fuese completo, era preciso alargar hasta entonces el asunto de los castigos y de las indemnizaciones y sobre todo impedir que una ocupación largo tiempo prolongada hiciera inútiles las dilaciones y obligara á los turcos en definitiva á castigar y á pagar. Aunque la eventualidad era temible, la Puerta la afrontaba sin gran aprensión, contando con los celos de Inglaterra.

VII

El día 10 de enero de 1861, lord Cowley, portador de las instrucciones de lord Russell, presentóse en el ministerio de Negocios extranjeros, y después de haber recordado el convenio de 5 de septiembre, pidió el próximo regreso de la expedición. El Sr. Thouvenel, que tenía en sus manos los informes del Sr. Beclard, leyóselos al embajador é insistió en hacer ver cuán incompleta era la pacificación de Siria: «El interés de la humanidad y nuestro propio honor, añadió, no permiten la evacuación sin que antes se establezca allí un poder fuerte y responsable.—Pero el gobierno francés, replicó Cowley, viene obligado á retirar sus tropas en el plazo fijado por la Conferencia. Sin duda alguna, y no opondremos ninguna resistencia á Europa; pero por mi alma y en conciencia auguro que, si partimos ahora, no tardará en ocurrir una nueva matanza.—A lo menos, repuso Cowley algo desconcertado, que los franceses replieguen hacia la costa sus guarniciones del interior, porque su presencia en la Montaña no hace más que irritar á los drusos y excitar á los maronitas (3).» Lo que el embajador expresaba con cortesía perfectamente diplomática, repitiólo lord Russell en los días siguientes con arrogante insistencia: «El sultán, escribía, es un soberano independiente y Turquía no se encuentra bajo la dominación de las cinco potencias (4).» Y añadía unos días después: «No queremos crear en Oriente un nuevo Estado pontificio y dar á Francia otro pretexto

(2) Véase *Correspondence relating*, etc., págs. 284, 288 y 312.

(3) Despacho de lord Cowley á lord Russell, 11 de enero de 1861 (*Correspondence*, pág. 317).

(4) Despacho de lord Russell á lord Cowley, 24 de enero de 1861 (*Correspondence*, pág. 332).

(1) *Correspondence relating*, etc., págs. 240, 241 y 261.—Acta de la sesión de 21 de noviembre de 1860.

de ocupación indefinida (1).» La prensa británica, libre de todos los miramientos oficiales, se expresó en este mismo tono y con rara acrimonia denunció lo que llamaba las ambiciones francesas. «No en balde, decía la *Saturday Review*, la canción *Partiendo para Siria* es la canción nacional de la dinastía napoleónica. La conquista de Siria y de Egipto es la idea favorita del espíritu napoleónico; y la intriga de Siria es un resto del viejo espíritu de agresión inherente al despotismo militar de los Bonaparte.»

Tanta injusticia habría podido engendrar el deseo de represalias y aun despertar en la entonces omnipotente Francia algunos de aquellos orgullosos recuerdos tan imprudentemente evocados; sin embargo, el gobierno imperial no tuvo en aquellas circunstancias otra preocupación que mostrarse correcto, casi con exceso y hasta el punto de acortar, por miedo de vulgares conflictos, su elevada misión de justiciero. Las cinco potencias habían votado la empresa; á ellas correspondería decidir la continuación ó señalar la terminación de la misma. El Sr. Thouvenel convocó nuevamente la Conferencia y con paciencia meritoria, aunque en tono algo contristado, tranquilizó una vez más á la cavilosa Inglaterra. A lo sumo, en su correspondencia íntima su longanimidad aparecía mezclada con cierto desdén: «En verdad, escribía en aquel entonces á nuestro enviado en Londres, el Sr. Flahault, las sospechas se suceden en el ánimo de lord Russell, á la manera que crecen las malas hierbas en los campos (2).»

El día 19 de febrero se reunió la Conferencia y en ella el Sr. Thouvenel hizo ver las ventajas de una ocupación prolongada: en el Haurán permanecían alzados en armas siete mil drusos; ni un solo jefe de éstos había sido ejecutado; no se habían pagado las indemnizaciones, y no existía allí un gobierno regular seguro. A estas manifestaciones opuso el embajador de Inglaterra las objeciones tantas veces repetidas y añadió, por otra parte, que la seguridad de los cristianos podría quedar garantizada por la presencia de las escuadras de Occidente; á lo que replicaron á la vez el Sr. Thouvenel y el Sr. de Kisselef: «Pero los buques no podrán recorrer la Montaña para administrar en ella justicia.» Entonces el embajador de Austria preguntó: «¿Cuándo podrá la escuadra inglesa anclar en aguas de Siria?—Hacia el 1.º de mayo, replicó lord Cowley.—Pues bien, repuso el Sr. de Metternich, ¿no podría prolongarse la ocupación hasta la llegada de las escuadras, es decir, hasta fines de mayo ó principios de junio?» Esta especie de término medio pareció satisfactorio, pues se creyó que con ello se contentaba á medias á Francia sin disgustar á Inglaterra; pero el Sr. Thouvenel era demasiado perspicaz para no apreciar en su justo valor esta parsimoniosa benevolencia. ¿Merecía ser aprovechada aquella prórroga irrisoria? En un consejo de ministros que se celebró al día siguiente pensóse por un instante en declinar los favores casi descorteses de Europa y en llamar inmediatamente á las tropas ya que de todos modos sería preciso hacerlo dentro de tres meses. Al propio tiempo comenzaba á agitarse en Francia la opinión

(1) Lord Russell á lord Cowley, 21 de febrero de 1861 (*Correspondence*, pág. 410).

(2) Carta al Sr. de Flahault, embajador en Londres (*Le secret de l'Empereur*, tomo I, pág. 323).

pública y al Senado llegaban peticiones suscritas por nombres ilustres, para que el gobierno no abandonara á sus clientes seculares. En el entretanto, la Conferencia, reunida de nuevo, fijó definitivamente para el 5 de junio de 1861 el último plazo de la evacuación. El señor de Thouvenel aceptó la prórroga, pero con gran desaliento: «No se ha hecho nada, decía á lord Cowley; partiremos sin que nuestro programa se haya cumplido y ni siquiera esbozado. Y si después de nuestra partida sobrevienen nuevas matanzas, ¡qué vergüenza para la humanidad, qué descrédito para Europa!» Lord Cowley nada contestó á estas palabras, cuya verdad reconocía, pero que las desconfianzas de la política nacional le impedían aprobar. Después, á falta de mejor respuesta, objetó las dificultades que toda solución práctica entrañaba. «¡Ah, si Francia é Inglaterra se entendiesen!...» replicó el Sr. Thouvenel; y su silencio impregnado de tristeza y de graves reproches completaba su pensamiento.

VIII

Estas disensiones habían de hacer ineficaces nuestros mejores, nuestros más concienzudos esfuerzos. Falta únicamente ahora anotar los últimos actos de la Comisión europea.

Había entonces encerrados en las cárceles de Beirut y de Moktarah tres clases de culpables: en primer lugar, Khurchid y algunos oficiales otomanos, condenados á reclusión perpetua; en segundo, once jefes drusos condenados á muerte; y, finalmente, algunos centenares de drusos de menos categoría que habían sido detenidos últimamente y esperaban que se decidiera su suerte. Veamos lo que le sucedió á cada una de estas tres agrupaciones.

Respecto de los oficiales turcos, los comisionados europeos opinaban unánimemente que debía tratarseles con rigor ejemplar. Las decisiones del tribunal de Beirut no constituían fallos definitivos, sino más bien simples proposiciones que la autoridad superior podía confirmar, agravar ó atenuar. Ahora bien, el suplicio de Khurchid, sobre todo, era considerado como una expiación necesaria; pero los ingleses que actuaban de abogados de los drusos tenían derecho á ser los acusadores de los turcos? Fuad alegó circunstancias atenuantes en favor del bajá y de sus subordinados, y en resumidas cuentas, Khurchid y sus compañeros fueron embarcados para Constantinopla. ¿Sería para que sufrieran allí su castigo? Todos lo pusieron en duda, hasta los mismos ingleses.

En cuanto á los drusos, hubo un regateo que nada de común tenía con la justicia. La perplejidad era ciertamente grande, pues las cosas se habían llevado con tal habilidad que los cristianos, cada día menos seguros de una protección duradera, no tenían ganas de exponerse á represalias ciertas, originándose de aquí dificultades casi insuperables para recoger las declaraciones. En tales circunstancias, los turcos se ingeniaron para que el número de víctimas que debían ser inmoladas se fijara según una especie de proporción aritmética; y sometido el asunto á la Comisión europea, después de varias discusiones algo vergonzosas, llegóse de concesión en concesión á una especie de escrutinio, en

el que los franceses pidieron diez ejecuciones, los prusianos nueve, los rusos cinco y los ingleses y los austriacos dos. Apresurémonos, sin embargo, á consignar que en definitiva se sustrajo la decisión al fallo de los comisionados, dejándose al arbitrio de Constantinopla. La principal represión de que tenemos noticia fué la siguiente: el día 16 de marzo fueron embarcados en una corbeta turca, con destino á Trípoli de Berbería, 245 drusos, unos desterrados temporalmente y otros condenados á un período más ó menos largo de prisión. Inglaterra, que no suele abandonar á los que á ella se confían, no olvidó á los drusos proscritos; en efecto, lord Dufferin recomendó los recién llegados al cónsul británico de Trípoli, y, por otra parte, Fuad se había asegurado de que las familias de los desterrados no sufrirían en lo más mínimo y de que los mismos proscritos, en vez de ser internados, estarían á cubierto de toda violencia. Animados con estas promesas, partieron los condenados, y al desembarcar en Trípoli, fueron instalados en barracas bien dispuestas, que contrastaban con las miserables viviendas en que los infelices maronitas se consumían.

Por extraño contraste, mientras la Inglaterra política aseguraba la indulgencia á los fautores de los desórdenes, la Inglaterra cristiana prodigaba sus consuelos entre las víctimas. Efectivamente, los misioneros protestantes, que eran los distribuidores de los comités de socorros, recorrían la Montaña, y por la noche, cuando regresaban de sus caritativas excursiones, entraban á veces en los hogares de los drusos y á menudo les echaban en cara sus excesos, á lo cual aquéllos respondían: «Pues nosotros creíamos haber obrado con el apoyo de la Gran Bretaña.»

En el entretanto, los desdichados maronitas envidiaban en sus pobres aldeas ó en los muelles de Beirut la suerte de sus perseguidores, y no sabiendo á quién lamentarse, hacían objeto de sus confidencias á los mismos turcos. «¿Qué queréis que os diga?, les replicaba Fuad. Harto sé que los drusos han sido muy benignamente castigados; pero no es mía la culpa, sino de los comisionados europeos que no supieron ponerse de acuerdo.»

Con las reparaciones pecuniarias sucedió lo mismo que con las represiones penales, habiéndose reducido la indemnización á un millón doscientos mil francos en numerario y á algunos socorros en especie.

No fueron mejor tratados los cristianos en Damasco. Se recordará el proyecto del cónsul de Francia que fijaba las indemnizaciones en una suma de treinta millones que debía satisfacer, por repartos sucesivos, la población musulmana de la ciudad. Durante algunos días pudo creerse que esta combinación serviría de base para el arreglo futuro; pero en la sesión de 22 de diciembre Fuad presentó un despacho de Constantinopla en el que la Puerta reclamaba para sí el derecho de fijar las indemnizaciones. Por virtud de este acto de autoridad, por esta especie de golpe de Estado, los comisionados europeos se veían despojados de sus atribuciones y el mismo comisionado turco no tenía más remedio que escudarse con su soberano. Pero el sultán, que tanta prisa se había dado en reivindicar la decisión, fué muy tardío en promulgarla, puesto que hasta la sesión de 5 de marzo de 1861 no notificó Fuad las dis-

posiciones del diván. ¡Y qué disposiciones! La indemnización se rebajaba desde treinta á quince millones; y no sólo esto, sino que el pago, repartido en seis abonos semestrales, se escalonaba en un período de seis años. Pero lo más grave era que los infelices cristianos, en vez de cobrar directamente del producto de un impuesto local y penal, se convertían en acreedores del gobierno otomano, que era el más irregular y acaso el más insolvente de los deudores. El comisionado francés, dando pruebas de gran paciencia, pidió que á lo menos el primer plazo de 2.500.000 francos se pagara en el acto; así lo prometió Fuad, añadiendo: «Aumentaré aún esta cifra, si es posible; fiad en mí (1).» Y en él fiaron, ya que no podían hacer otra cosa. Hasta dos meses después el anuncio de una contribución impuesta á los judíos y á los otomanos de Damasco no permitió confiar en un principio de reparación. Fuad, en sus conversaciones íntimas, dejaba traslucir la verdad: ni él ni su gobierno tenían dinero, y hacía más de treinta meses que los oficiales musulmanes no habían recibido sus pagas íntegras. Y si no había fondos para necesidades tan apremiantes, ¿cómo los habría para pagar á los «perros cristianos?»

Así se llegó hasta los primeros días de junio, es decir, hasta el término de nuestra ocupación. Los cristianos abrigaron hasta el último momento la esperanza de que un nuevo arreglo les aseguraría más larga protección y tal vez establecería en provecho suyo el patronato permanente de Francia; y cuando quedó resuelta, al parecer, nuestra evacuación, su pena fué proporcionada á la magnitud de sus inquietudes. Y no porque no reinara cierta seguridad en las ciudades y hasta en la Montaña; pero aquella tranquilidad precaria no tenía nada de común con la confianza, así es que las aldeas no se reconstruían, muchas ciudades estaban casi desiertas y en muchos sitios faltaban brazos para la próxima recolección. Movidos por una última esperanza de aplazar la partida, muchos firmaron peticiones solicitando siquiera una prórroga; pero los residentes ingleses se movieron é hicieron circular peticiones contrarias. Al mismo tiempo, cruzaban por las aguas de Siria numerosos buques británicos, como si quisieran ostentar una protección que había de quitar todo pretexto para un nuevo aplazamiento.

Esta prórroga, Francia, descorazonada, no pensaba imponerla ni solicitarla: había hecho irreprochables esfuerzos para restablecer el orden, y habiendo impedido el mal, más bien que consolidado la reaparición del bien, no tenía ya más empeño que sacudir su responsabilidad. Todos nuestros destacamentos que ocupaban la Montaña fueron concentrándose hacia Beirut en medio de las más conmovedoras demostraciones de dolor y de afecto. En Deir-el-Kamar, casi todos los habitantes dieron escolta á nuestros soldados, repitiendo á porfía que renunciaban á sus hogares, puesto que ya no estaría allí el uniforme francés para protegerlos, siendo tan calurosa la manifestación, que Fuad y con él los agentes consulares hubieron de dedicarse á tranquilizar los ánimos con reiteradas promesas de vigilancia. Mientras se producían tan sinceras manifestaciones, el general de Beaufort escuchaba otras que no lo eran menos; en

(1) Acta de la sesión de 5 de marzo de 1861.

efecto, en las vistas oficiales y en los banquetes de despedida, todo el mundo encomiaba la buena armonía de las potencias y se congratulaba de los resultados obtenidos. El día 5 terminó el embarque, y en los días siguientes los turcos tuvieron buen cuidado de expedir numerosos informes encareciendo la seguridad completa de que en el país se disfrutaba, y los ingleses no lo tuvieron menos de propalar por todas partes las buenas noticias. En el entretanto, alejábanse surcando las olas del Mediterráneo los buques de la escuadra, y cuando hubo desaparecido el último en el horizonte, los viejos turcos, libres ya de sus incómodos censores, pudieron repetir el famoso verso:

«Vuelva el serrallo á su habitual estado.»

IX

Sin embargo, las instituciones del Líbano habían de ser refundidas y modificadas. Mientras nuestros batallones se preparaban para regresar á Francia, los miembros de la Comisión internacional partían para Constantinopla, en donde los embajadores de las cinco potencias discutieron un proyecto de reglamento que había sido ya elaborado en Beirut y que debía aplicarse á toda la región de la Montaña. La creación de dos caimacamías, una drusa y otra maronita, sólo desórdenes y anarquía había traído consigo; en vista de ello Francia abogó por el principio de la autoridad única, que admitido primeramente y discutido después, acabó por ser adoptado. El poder residiría en un gobernador nombrado por el sultán, que dependería directamente de la Puerta y sería independiente así del bajá de Beirut como del de Damasco; nombrado por tres años, no podría ser destituido sino en virtud de sentencia y estaría al frente de la administración de toda la Montaña, la cual tendría una organización aparte. Convínose en que este gobernador se elegiría entre los súbditos cristianos del Imperio, pudiendo el sultán nombrar para este cargo á un indígena ó á un extranjero, á su libre voluntad. Tal fué el reglamento aprobado en 9 de junio de 1861 por los representantes de los cinco grandes Estados.

El primer gobernador nombrado fué Daúd-bajá, armenio católico que había desempeñado altas funciones administrativas en el Imperio, y que llegó á Beirut á principios de julio. Hasta entonces no fué relevado de su cargo Fuad, cuya política refinada no obtuvo toda su recompensa: los franceses no podían perdonarle los miramientos que había guardado á los turcos; y los musulmanes, por su parte, fieles á la ley del Profeta, conservaban amargo recuerdo de las ejecuciones de Damasco. Y á estos reproches contradictorios se unían para el plenipotenciario otomano los desengaños de la ambición defraudada, pues, según opinión universal, había acariciado por un momento la esperanza de crearse en Siria, bajo los auspicios de Inglaterra, una especie de gobierno general y acaso de principado.

La expedición había terminado, y en todo aquel asunto una sola potencia, Francia, había elevado por encima de las competencias vulgares, desdeñando las rivalidades y las intrigas y sobreponiendo á toda otra consideración el servicio de la causa de la civilización y de la humanidad. La idea de la intervención surgió,

por decirlo así, del corazón de la Francia cristiana, y Napoleón, haciendo suyos los anhelos públicos, se convirtió noblemente en ejecutor de los mismos. El ejército fué digno de la nación y del soberano; valiéndonos de una fórmula á menudo usurpada, pero en esta ocasión admirablemente exacta, diremos que apareció en las playas de Oriente sólo «para tranquilizar á los buenos é intimidar á los malos.» No pudiendo librar batallas, tuvo empeño en dejar allí el buen recuerdo de su disciplina, de su moderación y también de su caridad, puesto que una vez más compartieron nuestros pobres soldados, no lo sobrante, sino lo necesario con los que de todo carecían. Nuestro gobierno tuvo en grado superlativo el mérito de la paciencia enfrente de Inglaterra y de la Puerta unidas para paralizar nuestra acción; y aun mejor que el gobierno portóse en aquellas circunstancias el país, el cual, viendo que la miserable Turquía, insolvente y malgastadora, era decididamente impotente para reparar la obra de destrucción consumada, tomó á su cargo esta reparación. Todo cuanto un pueblo grande y generoso puede hacer por un pueblo amigo, hízolo Francia por Siria, sumida en la mayor miseria. Un comité denominado *Comité de las escuelas de Oriente*, que hacía tiempo funcionaba en París, convirtióse en comité de auxilios; y no sabemos qué admirar más, si la infatigable actividad con que se solicitaron los donativos ó el impulso de caridad que multiplicó las ofrendas. La cifra total de las limosnas elevóse casi á tres millones, sin contar los socorros en especie (1); para la distribución de unos y otros nombróse á un sacerdote, el P. Lavigerie, quien durante mucho tiempo recorrió toda la región de la Montaña, prelujiando de esta suerte las excursiones apostólicas que más adelante habían de señalar su ministerio episcopal en Argelia. Puede decirse con rigurosa exactitud que no hubo en aquel tiempo en Beirut ni en toda la región del Líbano una sola obra de beneficencia ó de regeneración moral ó material que no fuese inspirada y en su mayor parte cumplida por las religiosas, los religiosos y los residentes franceses: ellos fueron los que distribuyeron los alimentos, las semillas, las ropas, los materiales de reconstrucción y hasta los utensilios que habían de reconstituir el hogar de la familia; por su iniciativa, después de la desaparición de todas las autoridades incapaces ó indignas, se adoptaron en muchas ocasiones medidas de seguridad, de policía y de higiene en las que nadie pensaba; y como los obispos del tiempo de las invasiones bárbaras ante catástrofes no menos lamentables, fueron los verdaderos *defensores civitatis* y con sus exhortaciones, con su ejemplo y con su valor reanimaron á los desesperados maronitas. Entre los varios deberes que las consecuencias de la guerra civil les imponían, uno sobre todo les pareció sagrado: por los senderos de la Montaña y por los arenales de la playa vagaban multitud de niños sin padres y sin hogar; nuestros religiosos, acordándose de San Vicente de Paúl, hicieron de aquellos huérfanos sus propios hijos, los tomaron á su cargo, los recogieron en modestas viviendas dispuestas á toda prisa y partieron con ellos cuanto tenían; más adelante, alzáronse espaciosas cons-

(1) Informe del P. Lavigerie sobre su misión en Siria (*Oeuvres du cardinal Lavigerie*, tomo II, pág. 145).

trucciones proporcionadas á la magnitud de las miserias y en aquellos hospitalarios asilos crecieron en el doble amor del Evangelio y de Francia los que no tenían padre ni madre.

Esta legítima y generosa intervención del gobierno imperial deja sólo un pesar, el de que no se desarrollara con más firmeza y amplitud; pues la verdadera prudencia no es incompatible con la audacia, sino que usa de ella cuando es necesaria. Dejando á un lado todo espíritu de conquista, era aquella una ocasión magnífica para proceder; no á ciertas mutaciones tímidas, sino á una organización general de la región del Líbano, asegurándole decididamente su autonomía, emancipándola de la Puerta, salvo la obligación del tributo, y uniéndola á Francia por medio de una relación bien definida de patronato y de protectorado. No se me oculta que estas tutelas son á veces causa de no pocas molestias; pero, ¡cuántas razones no había para acometer la tarea! A un auxilio transitorio y precario habría sucedido un apoyo duradero; y la certidumbre de este apoyo habría engendrado en aquellas regiones un sentimiento de seguridad y de confianza hasta entonces desconocido.

El emperador no tuvo esta ambición: desde el comienzo de la empresa había proclamado simple mandatario de Europa, y, sea por modestia, sea por temor de conflictos, había enajenado demasiado aprisa su independencia; además para él tenía grandísima importancia la buena inteligencia con Inglaterra, y ésta se hallaba dispuesta á protestar si Francia realizaba en un solo punto del globo lo que ella acostumbra hacer con el mundo entero. Añadiré que en el programa imperial abundaban las cuestiones no resueltas, llenas de perplejidades para el presente y de peligros para el porvenir; y el soberano, cada vez más atraído por estas peligrosas perspectivas, miraba con cierto cansancio otros asuntos menos absorbentes aunque de interés muy nacional y muy francés. La expedición de Siria, á pesar de sus limitadas proporciones y de sus resultados incompletos, constituye uno de los mejores hechos del reinado; pero la imaginación se figura un desenlace menos precipitado y un campo de acción menos circunscrito por la envidia. De aquí, repito, el pesar de que el emperador se contentara con escribir una página honrosa allí donde la Providencia le permitía tal vez escribir una página grande para él y para su patria.